

mente los bailíos, el duque de Duras las Blasas, la señora de Brancas las molineras, y la señora de Pompadour las Coletas. Clermont de Amboise, Courtauvoux, Luxemburg, Agen y Villeroy, cantaban maravillosamente, y Hesse, Courtauvoux, Beuvron y Melfort bailaban lo mejor posible.

El duque de La Valliere era el director de escena.

En 1748 se había hecho construir un salón para los placeres privados de Luis XV, ó mas bien de la señora de Pompadour.

Durante aquel tiempo, el pueblo, al que se tenía en olvido para todo, menos para exigirle los impuestos, el pueblo, despues de haber ido quitando poco á poco á Luis XV el título de muy amado, el pueblo murmuraba, y en estos murmullos nos detendremos, porque eran los primeros rugidos sordos de la borrasca que estalló en 1793.

Entramos en el período de la decadencia de la monarquía; por este período del siglo XVIII tendremos que caminar con velocidad, porque la pendiente es muy rápida.

CAPITULO XIV.

Situación apurada de la hacienda. — Estado deplorable de la marina. — Mr. Rouillé sucede á Mr. de Maurepas. — Mr. de Machaut. — Asunto de los bienes del clero. — Decreto del veinteno. — El parlamento. — Respuesta de Luis XV á las representaciones. — Quejas de la nobleza, del clero y de los estados de las provincias. — Bretaña. — Artois. — Languedoc. — Destierro de algunos nobles. — Cristóbal de Beaumont reemplaza á Mr. de Bellefonds en el arzobispado de Paris. — Su retrato. — Escuela filosófica. — La negativa de los Sacramentos. — Murmuraciones del pueblo. — Mr. Berryer jefe de la policía. — Bando contra los vagos y mendigos. — Raptos. — Motines. — Mad. Berryer. — Reorganizacion de la ronda. — Plan de fortificaciones y cuarteles al rededor de Paris. — El camino de la *Rebellion*. — El knés ruso. — Los baños de sangre. — Mr. de Charolais. — Matrimonio de Mad. de Boufflers y de Mr. de Luxembourg. — Nobleza militar. — Muerte de Mauricio de Sajonia. — Creacion de la escuela militar. — Nacimiento del duque de Borgoña. — Mad. de Pompadour. — Su hermano el marqués de Marigny. — El parque de los Ciervos.

Las disensiones entre los mejores amigos, entre maridos y mujeres, entre amantes y queridas, casi siempre provienen de la falta de dinero: el rompimiento entre los pueblos y los reyes rara vez es debido á otra causa.

Hablando del estado de la hacienda en tiempo del regente, ya hemos dicho el estado de penuria en que se encontraba la Francia: despues de las locuras que acabamos de referir, se empeoró de dia en dia, y los ministros, como los peones que llegan al fin de una mina ya agotada, conocieron que iban á faltar los filones. Esta especie de malestar, suele manifestarse comunmente por cambios de ministerio.

mente los bailíos, el duque de Duras las Blasas, la señora de Brancas las molineras, y la señora de Pompadour las Coletas. Clermont de Amboise, Courtauvaux, Luxemburg, Agen y Villeroy, cantaban maravillosamente, y Hesse, Courtauvaux, Beuvron y Melfort bailaban lo mejor posible.

El duque de La Valliere era el director de escena.

En 1748 se habia hecho construir un salon para los placeres privados de Luis XV, ó mas bien de la señora de Pompadour.

Durante aquel tiempo, el pueblo, al que se tenia en olvido para todo, menos para exigirle los impuestos, el pueblo, despues de haber ido quitando poco á poco á Luis XV el título de muy amado, el pueblo murmuraba, y en estos murmullos nos detendremos, porque eran los primeros rugidos sordos de la borrasca que estalló en 1793.

Entramos en el periodo de la decadencia de la monarquía; por este periodo del siglo XVIII tendremos que caminar con velocidad, porque la pendiente es muy rápida.

CAPITULO XIV.

Situacion apurada de la hacienda. — Estado deplorable de la marina. — Mr. Rouillé sucede á Mr. de Maurepas. — Mr. de Machaut. — Asunto de los bienes del clero. — Decreto del veinteno. — El parlamento. — Respuesta de Luis XV á las representaciones. — Quejas de la nobleza, del clero y de los estados de las provincias. — Bretaña. — Artois. — Languedoc. — Destierro de algunos nobles. — Cristóbal de Beaumont reemplaza á Mr. de Bellefonds en el arzobispado de Paris. — Su retrato. — Escuela filosófica. — La negativa de los Sacramentos. — Murmuraciones del pueblo. — Mr. Berryer jefe de la policia. — Bando contra los vagos y mendigos. — Raptos. — Motines. — Mad. Berryer. — Reorganizacion de la ronda. — Plan de fortificaciones y cuarteles al rededor de Paris. — El camino de la *Rebellion*. — El knés ruso. — Los baños de sangre. — Mr. de Charolais. — Matrimonio de Mad. de Boufflers y de Mr. de Luxembourg. — Nobleza militar. — Muerte de Mauricio de Sajonia. — Creacion de la escuela militar. — Nacimiento del duque de Borgoña. — Mad. de Pompadour. — Su hermano el marqués de Marigny. — El parque de los Ciervos.

Las disensiones entre los mejores amigos, entre maridos y mujeres, entre amantes y queridas, casi siempre provienen de la falta de dinero: el rompimiento entre los pueblos y los reyes rara vez es debido á otra causa.

Hablando del estado de la hacienda en tiempo del regente, ya hemos dicho el estado de penuria en que se encontraba la Francia: despues de las locuras que acabamos de referir, se empeoró de dia en dia, y los ministros, como los peones que llegan al fin de una mina ya agotada, conocieron que iban á faltar los filones. Esta especie de malestar, suele manifestarse comunmente por cambios de ministerio.

Los resultados marítimos de la última guerra habian demostrado claramente, á qué estado tan deplorable habia llegado la marina que tanto floreciera en tiempo de Colbert, y que Mr. Fleury tenia abandonada. Mr. de Maurepas, que se habia hecho responsable de aquella angustiosa situacion, ó mas bien á quien se atribuía una cuarteta contra la favorita (1), habia dejado el ministerio de Marina para que entrase en él monsieur Rouille, mientras que, como ya hemos referido, el intrépido Orri, que sacaba escudo por escudo al cardenal Fleury, las doce mil libras, que daba á la reina para que pagase sus deudas piadosas, que ofrecia al principio de la guerra de Flandes ochenta millones para sostener el honor de la Francia que iba apurando sus recursos, abrumado además por la favorita, se retiraba para dejar el puesto á Mr. Machaut de Arnouville.

Cuando se vió en el ministerio Mr. Machaut encontró los mismos obstáculos que Mr. Orri, y aun mucho mayores, porque cada vez se disminuian los recursos é iban en aumento las necesidades. Era preciso pagar la deuda del Estado, y cubrir el déficit, pero el pueblo estaba tan arruinado, que ninguno de los medios conocidos era capaz de restablecer el orden en la hacienda. Mr. Machaut se decidió, pues, á acudir al clero, á la nobleza y á las corporaciones municipales, cuya riqueza verdadera no se conocia con exactitud.

Aquellas corporaciones habian conservado el antiguo derecho de imponerse á sí mismas las cuotas, y de no

(1) Mad. Pompadour se encontró en Choisy esta cuarteta debajo de su servilleta :

La marquesa tiene muchos atractivos :
Facciones animadas, gracia y ojos vivos,
Nacen flores debajo de sus plantas,
¡Mas, ay!... son flores blancas.

pagar al rey, con el título de donativo gratuito, mas que una suma cuya reparticion tenian tambien el privilegio de hacer como mejor les pareciese.

Desde el principio de la monarquía se hallaba establecido el principio, de que los reyes no son señores absolutos, y que especialmente en materia de dinero, la nacion no les debe mas que lo que quiera pagarles buenamente; solo que en aquella época, la nacion no estaba representada mas que por la nobleza, el clero y los estados : de lo restante del pueblo no se hacia caso alguno, y sin embargo, sobre él pesaban todas las cargas.

Este gran principio ha sido despues la base de la revolucion.

En aquellas dificiles circunstancias, fué cuando Mr. Machaut expidió el famoso decreto del veinteno.

En circunstancias muy parecidas sucumbió el señor duque con su decreto de la cincuentena que le acarreó el destierro. Calonne debia hundirse despues al proponer el mismo tributo, con el título de impuesto territorial.

Apenas recibió el parlamento el decreto, envió tres presidentes para hacer representaciones al rey. Este, por toda respuesta dió orden al parlamento de registrar el decreto al dia siguiente. Cuando regresaron los presidentes, dieron cuenta de la resolucion del rey, que exigia se le diese una respuesta decisiva antes de dos horas : el parlamento estaba ya cansado de luchar. Desterrado por Luis XIV y por el regente, no le importaba mucho el que le desterrase Luis XV : y así fué que acordó que el primer presidente volviese á ver al monarca, y le rogase se compadeciese de su pueblo, y que si insistia procederian al cumplimiento, pero se lavarían las manos como Pilatos. El rey se negó, y el

parlamento cedió. Complimentado el decreto, el rey pidió un empréstito de cincuenta millones.

Aquella era una buena ocasion para que el parlamento volviese á representar, aunque como acabamos de ver el rey no hacia mucho caso. Así es, que cuando se le presentó otra vez se contentó con decir: — Señores, me parece que habeis tardado mucho en obedecerme, y os prevengo que si lo dilatais mas, incurriréis en mi desagrado.

Sin embargo, mas animosos entonces, los miembros del parlamento hicieron la observacion, de que no sabian cómo conciliar aquel nuevo aumento de la deuda del Estado con el decreto del veinteno destinado á amortizarla. Mas el rey, rodeado de sus consejeros, contestó con tono de amo descontento: — Señores, ya he tenido demasiada bondad, y quiero ser obedecido al punto. Desconcertado el parlamento con aquella respuesta, pidió al rey que se dignase al menos fijar un término á la duracion del impuesto.

Pero amostazándose cada vez mas: — Señores, dijo el rey, estoy asombrado de que no se me obedezca todavía: mañana sin falta habréis ya prestado el cumplimiento á mi decreto: idos. Y el parlamento lo ejecutó así. Ambos decretos disgustaban á todo el mundo.

El del veinteno descontentaba á la nobleza, el clero y los estados. El del empréstito de los cincuenta millones desagradaba al pueblo.

La nobleza, el clero y los estados de Artois, de Borgoña, Bretaña y Languedoc, se quejaron altamente de que la corte, con el establecimiento de la vigésima parte de todos los bienes, propendia á abolir el derecho de los donativos gratuitos que concedian al príncipe: sometiéndose á aquel impuesto, no solo se encontraban gravados con un nuevo tributo, sino que no apa-

reciendo ya como un donativo, quedaban destruidas las formas de libertad y era un tributo militar que el rey hacia efectivo por medio de sus empleados, con perjuicio de la nobleza, del clero, y de los estados, que tenían el privilegio de cobrarlos por sí mismos: de este modo desaparecian completamente los restos de la antigua libertad de los franceses.

Esto dió lugar á la insurreccion de todas las corporaciones del Estado contra el ministerio.

Los estados de Bretaña celebraron una reunion extraordinaria, presidiendo al clero el obispo de Rennes, y Mr. de Rohan á la nobleza.

Los comisarios del monarca comunicaron su real voluntad á la asamblea, la cual procedió á deliberar, y declaró que no se cobraría el veinteno en Bretaña.

Ya recordarán sin duda los lectores, que en Bretaña pasó una cosa igual ó parecida, durante la administracion del regente. A aquella deliberacion siguieron otras tres separadas; la de la nobleza, del clero y de los estados, y en todas, á pesar de la prohibicion impuesta por el rey á los diputados bajo pena de desobediencia, se acordó que nadie presentase la declaracion de sus bienes.

Los comisarios por su parte recibieron orden de no admitir ninguna suma por abono voluntario.

Comunicada la declaracion del veinteno á los estados de Artois, contestaron en un principio que se sometian á ella en todo lo concerniente al socorro de que el rey tenia necesidad, pero pedian que se siguiese en la imposicion de la antigua costumbre del país, lo cual les fué negado.

Entonces ofrecieron duplicar sus anteriores imposiciones, con condicion de que la cobranza del impuesto conservase la misma forma. Pero la corte contestó que

no era un aumento lo que se les pedia, sino las declaraciones de los bienes de cada particular, para adquirir por ellas un conocimiento exacto de la riqueza imponible, y hacer un repartimiento justo y equitativo en proporcion á lo que cada uno poseyese.

En su consecuencia, la corte previno al intendente que exigiese aquellas declaraciones. Dieron algunas, aunque inexactas, y el gobierno aleccionado por la rebelion de la Bretaña, y temeroso de que cundiera por toda la Francia, declaró que estaba satisfecho con aquellas declaraciones, aunque en realidad fuesen insuficientes.

Las noticias de los estados de Languedoc fueron mas alarmantes, porque el uso de aquella asamblea exigia que los comisarios manifestasen desde luego las instrucciones de que estaban encargados; y como con arreglo á ellas el rey no pedia ya el donativo gratuito acostumbrado, sino la capitacion y el veinteno repartidos al Languedoc, como el impuesto ordinario en las provincias administradas por los intendentes, y por otra parte era tambien uso que los comisarios de la corte fuesen á visitar á cada uno de los miembros de los estados para solicitar el donativo gratuito, y por último, como las nuevas instrucciones del rey abolian las prerogativas, los usos y los derechos de la provincia, los estados se negaron al establecimiento del veinteno, y La Rochefoucault, presidente de la asamblea, declaró que los estados no solo rechazaban el veinteno, sino que no podian conceder el donativo gratuito hasta que el rey no renunciase á sus pretensiones que se encontraban en oposicion con los antiguos privilegios de los estados.

Aquello era ya mas que una negativa, era un desafío. Mr. de Richelieu recibió el encargo de ir á decir á los

estados del Languedoc, que lo primero era obedecer, y que en seguida escucharia sus representaciones: en caso de negativa, el rey mandó al mariscal que disolviese los estados. Opusiéronse estos y fueron disueltos.

Aquel golpe de estado, peligroso en la apariencia, no lo era en realidad. Los estados del Languedoc no eran tan temibles como los de Bretaña, constituidos de manera que todos los nobles tenian el derecho de votar: ahora bien, la mayoría de aquella asamblea la componian muchos centenares de nobles, desconocidos á la corte, que en tiempos tranquilos, y deliberaciones ordinarias, se podian manejar muy bien, pero que cuando se trataba del peligro de la constitucion bretona, que era la garantía de todos, se ligaban contra el despotismo real, y formaban reunidos un núcleo que ninguna fuerza podia romper, ni corrupcion alguna dividir. Pero no sucedia lo mismo en el Languedoc.

En aquella provincia, por el contrario, los estados estaban representados por un corto número de obispos, y por una veintena de varones hereditarios que era fácil al ministerio el someter ó corromper, como así sucedió: la corte los dividió, trató con ellos aisladamente, y no les permitió reunirse ya mas, sino con condicion de que pedirian perdon al rey de su desobediencia: por manera que el 3 de setiembre de 1757, la mayoría de los estados del Languedoc fué á Versalles, y manifestó al rey *que se arrepentian de haber tenido la desgracia de desagradarle.*

Mediante esta sumision se les volvió á conceder el permiso de reunirse, pero los obispos y barones perdieron la prerogativa que tanto apreciaban de recibir la visita de los comisarios de la corte, cuando se trataba del donativo gratuito.

Mas en cambio obtuvieron que la cobranza del veinteno corriese á cargo de sus dependientes.

Los estados de Bretaña persistieron en su resolucion, negándose á hacer el repartimiento del veinteno, aun por una comision mixta compuesta de delegados suyos y de la corona.

Exasperada la corte por aquella resistencia, condenó á destierro á los que mas enérgicamente se habian opuesto á su voluntad.

Hé aquí los nombres de los nobles que fueron desterrados y el lugar de su destino.

El obispo de Rennes, su presidente, fué desterrado á Rennes, lo cual era un verdadero castigo para el que pasaba su vida en París.

Mr. de La Beneraye, á Angulema.

Mr. de Keratry, á Essigny.

Mr. de Kersauson, á Issoire.

Mr. de Pere, á Xaintes con su esposa.

Mr. de Saint-Peru de Lulé, á Nevers.

Mr. de Balazon, á Viteaux, en Borgoña.

Su sobrino, á Gerot.

Mr. de Kerguiésée, á Ganat, en Auvernia.

Mr. de Langoulas, al castillo de Belle-Isle.

Mr. de Lementier, al castillo de Taureau.

Mr. de Vaniscourt, al monte de San Miguel.

Mr. de Trousier, á Saumur.

Por último, los señores Desceaux, Quintin, Senechal y Bechard, fueron reducidos á prision como culpables de una resistencia mas expresiva.

Lo que hubo en esto de particular, fué, que el obispo de Rennes, desterrado por el rey, habia al mismo tiempo caido en desgracia con los estados, lo cual, segun entonces decian, le colocaba en el caso de Mr. de Langeais que habia perdido simultáneamente dos plei-

tos; uno con su mujer que sostenia era impotente, y otro con su querida que le acusaba de ser el autor de su preñez.

Pero los mayores obstáculos que debia encontrar el rey, debia suscitarlos el clero: apenas se publicó el decreto, los obispos que se encontraban en París, se reunieron en casa del arzobispo, y eran mucho mas temibles que la magistratura ó los estados, porque antes que sus intereses invocaban los de Dios, y porque si se atacaban sus privilegios, se ponía una mano sacrilega sobre los de la Iglesia: en aquel conciliábulo se acordó unirse secretamente con el delfin, con cuya adhesion podian contar aun cuando se tratase de una liga contra el rey su padre.

Desde la muerte del regente, los jesuitas, mas envalentonados de lo que se hubiera creido en tiempo de aquel príncipe, habian vuelto á apoderarse de toda la autoridad eclesiástica, con el nombre de molinistas. Port-Royal no existia ya, y las ciencias eclesiásticas yacian en el mayor abandono: á los grandes predicadores ó ilustres sacerdotes del tiempo de Luis XIV, habian sucedido hombres de un valor mas que secundario: Massillon, el último de los grandes oradores sagrados, habia muerto en 1742.

Las cosas se encontraban en aquel estado cuando murió el arzobispo de París, y el partido eclesiástico hizo que se nombrase en lugar de Mr. de Bellefonds, arzobispo de Arles, á Mr. Cristóbal de Beaumont, arzobispo de Vienne.

Cuando este llegó á París, á pesar de su desmedida ambicion, quiso aparentar que habia sido violentado; se postró á los piés del rey, y en vez de darle gracias por la merced que le habia hecho, le suplicó le librase de una carga tan pesada como el arzobispado de París,

en donde incesantemente se veria obligado á combatir una herejia tan peligrosa como lo era la de los jansenistas. El monarca le levantó y le prometió ayudarle con su proteccion : esto era precisamente lo que querian los jesuitas , que conocian muy bien lo importante que les era el que estuviesen sostenidos por la autoridad real , para contrarestar el odio del pueblo.

Beaumont no desmintió sus palabras; era, ó por lo menos queria parecer rígido en medio de aquella corte, á la que se podia censurar su extremada tolerancia; por manera, que lejos de usar del privilegio que le daba su título de duque de Saint-Cloud y de par de Francia, y que consistia en besar en las mejillas á las hijas del rey cuando las fuese presentado, viendo que las jóvenes princesas estaban prevenidas para cumplir con el ceremonial, y que ponian sus frescas y sonrosadas mejillas junto á sus pastorales labios, retrocedió por dos veces, rehusando con afecion el honor á que tenia derecho, y que con tanta gracia le ofrecian.

Galante y astuto en los primeros años de sus estudios; cortesano, afable y pacífico mientras permaneció en Bayona y Viena, se volvió de repente duro é inflexible en París, esforzándose en persuadir á la Francia, que su inquietud era una caridad activa, y su desmesurada ambicion un celo ardiente por la unidad de la fe: apenas tomó posesion del arzobispado, se constituyó inquisidor general de Francia, extendiendo su policia eclesiástica hasta las casas de prostitucion, atrayendo á su tribunal todos los negocios, mezclándose en todas las intrigas, y poniendo en juego todos los resortes de su imaginacion para proteger á sus prosélitos y causar vejaciones á sus enemigos: sin mérito real, se habia abierto un camino para llegar hasta las primeras dignidades de la Iglesia: sin capacidad al-

guna gozaba de una influencia inmensa, y sin el menor talento, habia encontrado el medio de hacerse necesario y temible. Sin embargo, á estos defectos, reunia Mr. de Beaumont excelentes cualidades.

Mientras que el alto clero de Francia compitiendo en fausto con los grandes señores, contraia deudas que no pagaba mejor que ellos, Mr. Beaumont, por el contrario, daba ejemplo de decencia, órden y regularidad; apenas gastaba la tercera parte de sus rentas, y el resto lo distribuia entre los pobres, que sin embargo no le querian: sus limosnas no se detenian en las fronteras de Francia, é iban á buscar mas allá del mar á los pobres irlandeses, hasta en aquella verde Erim de los poetas, tan desolada y arruinada en el dia: mas por otra parte era tenaz en sostener los privilegios y las razas privilegiadas, y altanero hasta la insolencia con la antigüedad de su nobleza, gastó cien mil escudos en probar con una genealogía en dos volúmenes en folio, que era de nacimiento distinguido y que descendia de una antigua casa: así es, que como miraba los bienes eclesiásticos y el diezmo como un medio de mantener á la religion en toda su fuerza y esplendor, en cuanto apareció el decreto del veinteno, llamó á su palacio los quince ó diez y seis obispos que se hallaban en París, para convenir en el partido que debia tomarse: el interés de uno era el de todos, y resolvieron unánimemente, que el clero de Francia se valiese de todos los medios que estuviesen á su alcance, para conservar la prerogativa de ofrecer donativos al rey, pero sin dejarse imponer jamás á la fuerza, ningun tributo.

Adoptada esta determinacion en el azobispado de París, bajo la presidencia de Mr. Cristóbal de Beaumont, fué remitida á todos los obispos del reino, que sin di-

sentir ni uno solo, contestaron á Mr. de Machaut con la negativa, cuyo modelo les habia enviado Mr. de Beaumont.

El rey se sentia débil, y todo iba desorganizándose en derredor suyo: en vez de aquellos grandes hombres, cuya fe y elocuencia se comparaban frecuentemente con las de los padres de la Iglesia, y que se llamaban Fenelon, Bossuet, Flechier, Massillon, Poulignac, Huet, Fleury, Godeau, Mabillon, Calmet y Noailles, se encontraba con un clero que nada valia, como no fuesen las clases inferiores. Aquel clero, era Beauvilliers, que habia compuesto obras muy buenas sobre la Sagrada Escritura, pero que perseguido por los jesuitas, se habia visto obligado á huir: el abate Pucelle, hombre elocuente, que tal vez hubiera honrado á la Iglesia, si no le hubiesen confinado por su oposicion en los escaños parlamentarios; Nollet, á quien el crédito de Boyer excluia de toda recompensa; el abate de Bernis, que por sus poesías un poco libres, era mirado como poco digno de las gracias eclesiásticas; el abate Vely, que no tenia que comer; el abate Vertot, que asalariado por su librero no tenia tiempo para nada; el abate de Saint-Pierre, excluido largo tiempo hacia de la academia y del obispado, á pesar de su elevado nacimiento; y por último, el abate Mably, pariente de Mr. Tencin, apoyado en un principio por este, pero que se separó luego de su protector, porque le miraba con desprecio.

Por otra parte, los hombres eminentes y los grandes escritores, lejos de imitar á los del hermoso siglo que prestaban su apoyo á Luis XIV, y á la monarquía de que era representante, favorecian por lo general muy poco los intereses y las máximas de la corte: Voltaire ponía en ridículo al trono y á la religion; Montesquieu

soñaba con sustituir á las ideas antiguas, con un nuevo principio legislativo; Rousseau importaba á Francia el espíritu republicano de Ginebra, y Buffon trataba de colocar la ciencia de la naturaleza sobre todas las demás. En fin, ni un solo talento distinguido de aquel tiempo, dejaba de acudir al llamamiento filosófico que le habia hecho fatalmente el genio de las libertades populares, que semejante al gigante de las Mil y una noches, encerrado en el vaso, solo aguardaba al imprudente pecador que debia devolverle la libertad haciendo pedazos el sello de Salomon.

De aqui resultaba, que el rey, en la lucha que sostenia para hacer efectivo el veinteno, tenia en contra suya á la nobleza, al clero y á la inteligencia. En el empréstito de los cincuenta millones tenia contra sí al pueblo. Mostremos ahora hasta qué punto llevaba este su oposicion, que dependia de tres causas.

La negativa de sacramentos, el decreto del rey sobre la mendicidad y la vagancia, y el rumor que se divulgó, de que el monarca para reponerse de sus excesos amorosos tomaba baños de sangre.

Mr. de Beaumont, para complicar la situacion de la corte, habia concebido la idea de arrojar una cuestion religiosa en medio de todas aquellas cuestiones pecuniarias y civiles.

Habia llegado á descubrir, que el antiguo jefe de los jansenistas, el famoso cardenal de Noailles, exigia en otro tiempo certificaciones de confesion, para que los sacerdotes pudieran administrar á los moribundos el Viático y la Extrema-Uncion. Beaumont tenia, pues, un antecedente en que apoyar su conducta, y el arzobispo molinista se apresuró á exigir las mismas certificaciones que habia exigido un cardenal jansenista: esto no podia vituperárselo nadie.

Además, la corte, con la cual estaba en pugna políticamente, no podía abandonarle en aquella lucha religiosa, porque en ese caso abandonaba el partido de la Iglesia.

Como, por otra parte, el rey quería permanecer neutral en aquella contienda, Mr. de Beaumont estaba bien seguro del apoyo del delfín.

El arzobispo, como suele decirse, atacó al toro por las astas.

Su primera negativa de administracion de sacramentos por falta de certificado de confesion, fué á un consejero del Chatelet.

El que negaba los sacramentos y se hacia el prohombre del arzobispo en aquella ocasion, era un canónigo regular de Santa Genova, llamado Bonetin.

Ni las intimaciones legales, ni las súplicas de los parientes pudieron obtener nada de él. El parlamento le mandó comparecer, pero Bonetin, que se hallaba á cubierto de todo procedimiento, se obstinó en manifestar á los magistrados la causa de su negativa, exponiendo, que no debía dar explicaciones acerca de aquel particular, mas que al arzobispo. El parlamento dió auto de prision contra el canónigo, é intimó á Mr. de Beaumont que mandase administrar, no solo al consejero del Chatelet, que se agravaba cada vez mas y estaba expuesto á morir sin sacramentos, sino tambien á todos los demás jansenistas que se encontrasen en igual situacion.

El prelado contestó, que estaba pronto á administrar á todos los consejeros y jansenistas del mundo, siempre que presentasen sus cédulas de confesion.

Entretanto se morian los enfermos, y la Iglesia, despues de negar los sacramentos, negaba la sepultura.

El parlamento volvió á decretar la prision de Bonetin, y mandó notificar otra vez al arzobispo, que hiciese

administrar los sacramentos. Estaba ya declarada la guerra.

El rey procuró continuar apoyándose en los dos partidos. Aprobó la demanda del parlamento al arzobispo, pero censuró el auto de prision dictado contra el cura.

Durante aquel tiempo, viendo el consejero del Chatelet que se le acercaba la muerte, se decidió á confesarse con el cura de San Pablo: quien le dió una cédula de confesion. Entonces el vicario accedió á que se le administrasen los sacramentos, pero se hizo tan malamente, segun las memorias que hemos tenido á la vista para extractar estos pormenores, que el moribundo no pudo conseguir ni aun una exhortacion.

Mas para el que no seguia el ejemplo del desgraciado consejero del Chatelet, no había ni sacramentos ni sepultura en tierra sagrada.

La negativa de los sacramentos se extendió á las provincias y las aldeas: los arzobispos de Sens y de Tours, y los obispos de Amiens, de Orleans, Langres y Troyes, se distinguieron por su obstinacion.

El pueblo se quejaba en voz alta de un gobierno, con el que ni podia ganarse la subsistencia, obtener justicia, ni contar con un sepulcro.

Los filósofos, por su parte, se reian y escribian cancionen en impíos versos á Mr. de Beaumont. Hé aquí e contenido de algunos:

« ¡Cuán necio sois, Mr. de Beaumont!... Creedme, dejad pacer á vuestras ovejas por donde quieran. Esas pobres gentes son poco delicadas, y con unos sequillos blancos las contentaréis fácilmente. Semejante comida cuesta bien poco, y sin embargo, pone muy gordos á los prelados, curas y frailucos. Todos la apetečen porque